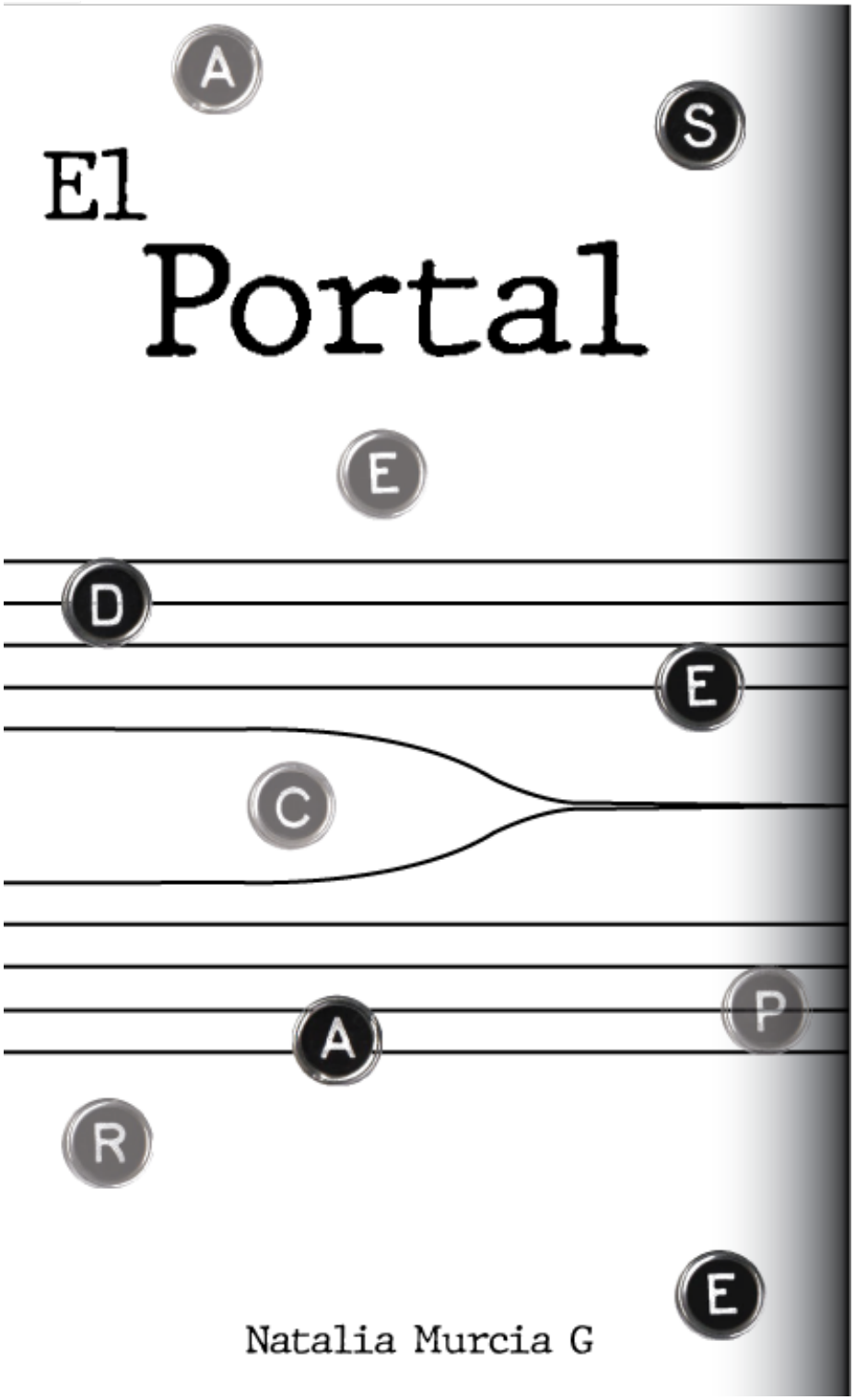
El portal

Natalia Murcia García



Capítulo 1

“Te conozco”

Desliza sus dedos suavemente por cada tecla sin presionar, escucha con la memoria más que con los oídos y aunque parece increíble, a veces no está segura de recordar cómo se hace. El giro inesperado de esa noche cualquiera, le alejó de lo que solía ser, y supone que ahora no puede fiarse de sus memorias. Parecerá una locura, pero sucedió de todas formas y algunas cosas se quedaron detrás del portal. Un portal que no tiene reverso, que no tiene un camino de llegada, un absurdo que, de alguna forma, ella ha cruzado sin querer. A veces se tiene demasiado miedo a la muerte, a veces a la vida, a la ausencia, a la soledad; a veces el miedo no es miedo, es una excusa. En fin, hay miedos que no se sabe que existen hasta que suceden.

En la cotidianidad no hay espacio para el tiempo nuevo, se rebobina cada noche el desgastado y polvoriento tiempo pasado, y es que, aunque sucedan eventos nada esperados el tiempo es el mismo. Está tan re-usado que si se pudiera describir de alguna forma, sería preciso mencionar el color gris. Nadie llega a ser consiente que su única unidad de medida es el tiempo y que al principio de su vida se le ha asignado una fracción de este, con claras delimitaciones. El tiempo no puede y no debe ser estirado, revuelto ni roto. Aun así, se cree que el tiempo está en el aire, pero este siempre está en el centro, nuestro centro, en nosotros.

Después de la clave sol dibujada al inicio de aquel pentagrama, luego de notar que la armonía tenía un par de alteraciones y que la distribución por compás correspondía a los 4/4, empezaba la pieza musical sólo con la mano izquierda, la derecha descansaba sutilmente sobre las teclas, siempre alerta una octava más arriba. A ella le agradaba por completo iniciar siempre con los tonos graves, sentía que la obra comenzaba con pilares fuertes, como si fuese una casa con cimiento enterrados tan profundo que nada podría hacerla caer. El arte podría pensarse desde aquella capacidad intrínseca en él, de aparecer en la mente de cualquiera de diferentes formas, siempre encontrando aquello que nada ni nadie más podría encontrar. Entonces empezaban a aparecer los acordes del medio, la mano derecha iniciaba su participación delicadamente sobre las teclas del piano, acompañando y permitiendo ser acompañada, y entonces, tres compases después un acorde menor, de esos que alcanzan a romper los huesos irrumpió sin esperarse. La introducción había sido superada y ahora, tal como en alguna historia literaria, era el momento de contar el nudo de la obra musical.

Algunas horas después, el ensayo terminó sin ninguna novedad, lo único curioso de aquel día era el clima que no paraba de cambiar, entonces, no era tan novedoso como parecía.

- Oye! Emma! Espera, necesito preguntarte algo. - gritó desde el otro lado del salón, el último chelista de la segunda línea de violonchelos.

Ella lo miró con una semi sonrisa en su rostro, mientras ordenaba las partituras esparcidas sobre las teclas del piano. Después de ubicar cuidadosamente el violonchelo dentro de su estuche rígido, Andrei se acercó a ella.

- ¿Recuerdas que la semana pasada me aceptaste ir a tomar un café hoy? Dime que sí lo recuerdas- terminó su frase con angustia disimulada.

- sí lo recuerdo. Sabes que no estoy para esto, ¿verdad? - respondió ella con amabilidad.
- ¿No estás para qué? ¿Qué es esto? - Algo de gracia se asomó en el rostro de Andrei, como un niño pícaro después de ganar algo de ventaja. - Solo es un inocente café, nada más. – concluyó.

Empezaba a hacer frío, la tarde en poco tiempo dejaría de ser para abrirle camino a la oscuridad de la noche. Se dirigieron después de salir del salón, a un café - bar ubicado frente al parque del centro, un lugar pequeño y acogedor que sólo era descubierto por los más curiosos, podría decirse que tenía clientela algo exclusiva. Andrei ingresó al lugar y al acercarse a un mesero le indicó en voz baja que tenía una reserva. Era algo exagerado para ella tanta preparación, pero subvaloraba lo que una persona estaría dispuesta a hacer para conseguir, aunque sea por un segundo y en una mínima cantidad, algo que realmente deseaba. Él le hizo una seña y ella se acercó sonriendo con amabilidad. El mesero les mostró el lugar, había una mesa rustica con una vela en el centro. Cada espacio correspondiente a cada mesa se encontraba separado del resto por cercas de madera, adornadas por una enredadera de hojas verdes sintéticas, la música mantenía el lugar con un ambiente moderno pero nada vulgar y los sofás oscuros le daban un toque de elegancia, las luces amarillas de bombillos que parecían desgastados aumentaban la calidez del lugar.

- ¿Qué te parece? - preguntó Andrei mientras se ubicaba en el sofá.

- Bastante agradable, no conocía el lugar - respondió ella, tocando la enredadera para verificar que no era tan real como parecía.

- Sigue, siéntate. Ya he venido varias veces y me pareció oportuno traerte. - dijo señalando el sofá que quedaba frente a él.

Ella no dudó y se ubicó en el sofá. El mesero se acercó a la mesa y entregó un menú a cada uno y recomendó el especial de la noche. Luego, se retiró.

-Es extraño que hayas aceptado mi invitación. Lo siento si te he parecido demasiado intenso. – dijo Andrei avergonzado.

-Quisiera decirte que no lo has parecido. – Sonrió Emma –

- ¿En serio te parezco tan desagradable? –

-No se trata de eso, sería difícil de entender. – Emma acercó un poco los dedos a la llama media de la vela.

-No me subestimes Emma, tal vez lo logre entender, ¿no crees? – preguntó Andrei después de abrir el menú que tenía en las manos.

-Yo tampoco lo tengo muy claro, ¿Cómo explicar algo que no se entiende en su totalidad? –

Andrei respondió con las cejas arqueadas y una sonrisa, luego de unos segundos continuó:

-Estamos llegando muy lejos con esta conversación. –

- ¿Te da miedo la profundidad? – preguntó Emma con un tono retador.

-Tal vez, no lo sé. Yo sólo quería un café – Los dos empezaron a reírse, rompiendo el espacio dudoso que se había posado entre ellos.

El mesero se acercó preguntando si ya se encontraban listos para realizar su pedido. Andrei preguntó a Emma si en vez de tomar el café quería comer algo, bromeando que nada de eso significaba algún interés en particular, aunque ninguno era tan inocente para creerlo. Sin embargo, Emma aceptó la invitación, después de un ensayo de seis horas, cualquiera necesita algo de comida. El mesero anotó un sándwich en pan baguette con pollo y salsa de la casa, unos nachos pequeños con salsa de queso y dos cervezas doradas. Enseguida se retiró.

-Entonces, ¿intentarás explicarme? – Pregunto Andrei mirándola fijamente.

-Estoy intentando empezar de nuevo, pero no es nada fácil. – dijo Emma observando alrededor.

- ¿Qué significa empezar de nuevo? A mi parecer, es difícil deshacerte de lo que ya has sido ¿No? –

-Y… ¿si te dijera que es posible? – Emma giró su mirada hacia él.

-No te creería. – respondió Andrei tranquilamente.

Emma respiró profundo.

-Iré al baño, ¿sabes dónde queda? – dijo ella resignada.

- ¡Claro! Toma el pasillo por el que llegamos, atrás de ti hacia la izquierda. Al fondo del pasillo a la derecha, está el baño de mujeres.

Emma se levantó y siguió el camino que le había indicado. Ingresó en el baño y el espejo fue lo primero que encontró, cada vez que se mira algo parece borroso, son sus ojos, sus cejas, su boca, pero todo parece un sueño: tal vez es una pesadilla eterna de la que ya no hay forma de escapar. En su camino de regreso, un hombre golpeó sin culpa una cerveza que se encontraba al borde de la mesa, el recipiente cayó de lado y en ese movimiento una cantidad considerable de cerveza mojó gran parte del pantalón de Emma. El hombre se movió para atrás y sujetó lo más rápido posible la botella, pero ya era tarde. Entonces, se levantó preocupado y se dirigió a Emma:

¡Perdón, ha sido mi culpa! – exclamó con sus manos abiertas como símbolo de querer ayudar.

Emma intentó sacudir un poco el pantalón con sus manos, pero el líquido había sido absorbido por la tela casi de manera instantánea.

-No se preocupe. – respondió ella levantando la mirada para observar al sujeto.

Entonces, como si algo hubiese golpeado con fuerza su pecho, un dolor extraño se apoderó de ella. Esa mirada ya la conocía, ya la había visto alguna vez, más de una vez. Sus cuerdas vocales se congelaron y parecía que por un segundo había olvidado respirar. El hombre por su parte no parecía sorprendido, mirarla no le generaba ninguna emoción, solo se encontraba preocupado por el incidente.

¿Se encuentra bien? - Preguntó él con extrañez.

Entonces esa voz la aterrizó de nuevo en el mundo real. Recordó que probablemente él no la conocía, que ella sería una extraña y que se había dicho a sí misma que intentaría con todas sus fuerzas aprender a vivir con ello. Aunque la crueldad del momento era casi inimaginable.

-Sí, estoy bien. Gracias – Respondió ella intentando no mirarlo.

- ¿Quiere que haga algo para ayudarla? - Preguntó el sujeto aún

preocupado.

-No, estoy bien, le repito. – Dicho esto, ella se alejó con rapidez hacia la mesa donde la esperaba Andrei.

Emma se sentó despacio en el sofá negro y Andrei la observó cuidadosamente, la comida ya había llegado con las cervezas, él estaba esperándola para empezar.

¿Estás bien? – Preguntó con delicadeza. – Estás pálida – concluyó.
Si, perdón. Estoy bien, me siento un poco mareada, pero todo está bien. – Respondió ella intentando sonreír.
¿Segura? ¿Quieres que nos vayamos? –
No, todo está bien. – Repitió ella, mientras levantaba su cerveza para beber un trago.

Ella sabía que había una alta probabilidad de volverlo a encontrar, por más que quisiera desesperadamente alejarse de él, pero también se había dicho más de una vez que si eso sucedía, no tenía caso huir. Él no sabría en absoluto quién era ella y esconderse solo aumentaría su angustia y ansiedad. Emma debía esforzarse por seguir construyendo en una vida, que tal vez, no era suya; y si lo era no lograba aun entender cómo ya no recordaba nada de lo que se supone había hecho, dicho o vivido. Sus recuerdos parecían algo que ella se había inventado y no pertenecían a su vida. Ella debía dejarlo ir, continuar con su estrategia y reencontrarse con ella misma, aunque no podía negar que después de amar una vez el amor nunca se va.

Andrei intentó hacer algunos chistes que rompieran el estado casi catatónico de Emma, logró una que otra vez, que una sonrisa apareciera en su rostro. Luego de algunos minutos el mesero se acercó a la mesa.

-Señorita, un sujeto le ha enviado una cerveza. Me ha solicitado que le diga que lo siente mucho y que no espera que la cerveza lo repare. – Dijo el mesero colocando la cerveza sobre la mesa y retirando los recipientes vacíos donde anteriormente había traído la comida.

- ¿Qué sujeto? – Preguntó Andrei en seguida.

Emma confundida sujetó la nueva cerveza.

-Un hombre golpeó sin culpa su botella y la cerveza cayó sobre mi pantalón – Respondió Emma sin retirar su mirada de la botella que acababa de recibir.

-Que extraño que te envíe una botella. ¿Lo conoces? – Preguntó él aún

más confundido.

- No, no nos conocemos – Respondió ella.

Capítulo 2

“Mermelada de Fresa”

El incidente del café-bar se paseaba por la mente de Emma repetidamente, era un tormento y la vez algún tipo de alivio inexplicable. Por más que no se deba hacer algo no implica, en absoluto, que al hacerlo haya culpabilidad. Ya era sábado y no había hablado con Andrei desde la noche anterior, cuando él muy amablemente la acompañó hasta su edificio. El silencio del camino fue casi ensordecedor, Andrei no hizo ninguna pregunta adicional después de que ella le confirmara que no conocía al sujeto, aunque tenía el presentimiento de que era mentira. Al llegar al edificio y despedirse, él le dijo que esperaba con ansias el lunes para verla de nuevo en el ensayo, ella no quiso responder nada, cualquier paso en falso en este tipo de situaciones puede ser terrible, entonces él sonrió algo desilusionado y se alejó tranquilamente.

En la mañana del sábado despertó con algún tipo de guayabo, el cuerpo le pesaba más de lo normal y el vacío de su pecho parecía haberse agrandado un poco. Había sido hasta entonces muy resistente durante los 2 meses que llevaba en su nueva vida, no había otra salida después de confirmar, de todas las formas que se encontraban a su alcance, que no existía forma de volver, pero el encuentro con ese sujeto había revuelto las cosas en su mente y prácticamente en todo lo que había logrado, parecía que todo era un mal chiste de algo que podría llamarse destino, aunque ella no lograba todavía creer en la posibilidad de que el azar no existiera, y que todo estuviera fríamente calculado. Se preparó un café cargado y una tostada con mermelada de fresa, y antes de sentarse a desayunar, abrió las cortinas de la sala de su pequeño apartamento, entonces, la luz del sol entró violentamente disparando a sus pupilas.

Dio el primer mordisco a la tostada y recordó cómo la mermelada de fresa la había conquistado: una tarde lluviosa de algún día de noviembre, su hermana menor regresó del hospital como era habitual, su madre siempre estaba con ella desde que se le diagnosticó linfoma de Hodgkin, un evento que Emma prefería no recordar demasiado. Esa tarde al regresar, la madre de Emma le solicitó que fuera a la tienda a comprar mermelada de fresa, al llegar al lugar el vendedor le indicó que el distribuidor le había traído todo tipo de mermelada menos la que ella necesitaba, y que sospechaba que a las tiendas cercanas tampoco se les había entregado el producto. Emma regresó a la casa y mientras cerraba la puerta gritó que no había encontrado en ningún sitio la mermelada, su madre, que normalmente se encontraba en estado alterado, le exigió que siguiera buscando y no regresara sin ella. La relación entre Emma y su madre era complicada por muchas razones, incluyendo el estado de su hermana. Salió de nuevo sin protestar en voz alta, pero en voz baja había estallado

de rabia.

Tuvo que pasar la avenida principal que se encontraba a cinco cuadras hacia el norte desde su casa, para llegar a un almacén que posiblemente sí tuviera el producto. Ingresó y caminó hacia el pasillo donde se encontraban paquetes de galletas saladas, tostadas, salsas caseras y endulzantes. Entonces notó que un sujeto estaba a punto de coger el último frasco de mermelada de fresa que quedaba, intentó afanar su paso, pero el hombre alcanzó a tomarla, entonces ella se le acercó en seguida.

Disculpe. ¿Es la última que queda? – preguntó consciente de lo ridículo que sonaba su pregunta. El hombre se giró para observarla algo confundido.
Pues, sí. No veo alguna otra. – Respondió tranquilamente.
Sí, perdón. He estado buscándola en muchos lugares, y justo usted tomó la última. ¿Sabe dónde más la puedo encontrar? – dijo ella un poco angustiada.
No sabría decirle, también la he estado buscando. Al parecer nos gusta a muchos. – Respondió el sujeto.
No, de hecho a mí no me gusta. Es a mi hermana a quien le encanta. – Respondió ella observando el frasco que el hombre sujetaba con su mano izquierda.
¿Por lo menos la has probado alguna vez? – Respondió él con una de sus cejas levantadas.
No. El caso es que debo seguir buscando, gracias. – Dijo ella antes de girarse para regresar por donde había llegado.
¡Espera! – levantó la voz el sujeto y cuando Emma se detuvo, él caminó hasta ella. – Te la puedo dar si la quieres, bajo una condición, claramente – dijo sujetando la mermelada hacia ella.
No te voy a dar dinero – Aclaró ella seriamente. Entonces el sujeto comenzó a reírse.
No quiero dinero, quiero que la pruebes ya mismo – dijo el hombre entregándole el frasco mientras intentaba parar de reír.

Una hoja doblada por la mitad ingresó por debajo de su puerta interrumpiendo el recuerdo que había llegado a su memoria, el comedor se encontraba frente a la puerta, así que era casi imposible no notar el evento. Emma dejó la tostada en el plato y se levantó de la mesa, sujetó la hoja y la desdobló.

Por favor leer con atención:

Los intervalos de tiempo que estoy consiguiendo, cada vez son más cortos. No entiendo qué pasó y nadie me quiere ayudar a entender, así

que tendré que hacer que renuncies. Esto es una advertencia. Tienes dos semanas para desaparecer o haré que desaparezcas.

La nota no tenía remitente y parecía haber sido escrita con una maquina de escribir. Emma la leyó varias veces intentando comprender qué quería decir. Desde que atravesó el portal hace dos meses, lo único que ha intentado es no generar conflictos con nadie, y la nota tampoco confirmaba que se encontraba dirigida a ella. Emma pensó que todo podría ser un error, que la nota no era para ella y que la persona que debía entregarla se había equivocado de apartamento. Dobló el papel de nuevo y lo puso sobre el comedor, decidió tomar un baño y luego de almorzar el pedido que había llegado a domicilio, decidió ensayar un poco en el piano vertical que se encontraba en la pared del fondo de su habitación.

Cerca de la hora del atardecer le gustaba acercarse a la ventana de la sala, se encontraba en un cuarto piso con ningún edificio en frente, el cual apuntaba a las montañas donde el sol empezaba a esconderse cuando había llegado su hora, era una escena que había sido repetida 8 veces desde su llegada, era la hora mágica de su memoria, recuerdos cálidos y tranquilos volvían para abrazarla.

Recordaba el lago de la finca de su abuela, una huida sin regreso de ella cuando el abuelo había muerto de una infección estomacal, después del entierro, su abuela decidió cambiarlo todo, rompió con todo lo que había construido y se fue a vivir a una finca a las afueras de la ciudad, se alimentaba de lo que sembraba y cuando la producción aumentó, empezó a hacer convenios con los mercados que se encontraban en el borde de la urbanización. No vivía sola, uno de sus hijos, el tío Ramón nunca se casó y se quedó con ella en la finca. A Emma le encantaba el gato blanco que tenía una mancha gris en el ojo izquierdo, él siempre se encontraba echado bajo la banca del pasillo descubierto que daba hacia el lago. Era amigable y cariñoso, pero al mismo tiempo un cazador infalible, en realidad, solo era buen gato con Emma, se le acercaba para que ella lo acariciara y se sentaba justo al lado de sus pies, con esa postura elegante tan propia de los gatos.

Al terminar el atardecer, los recuerdos se esfumaban de su mente. Entonces ella decidía cerrar la cortina de la sala, lavar los platos pendientes de la cocina e ir a su habitación para continuar con la lectura que tuviera vigente. Pero de un momento a otro volvió a su mente la extraña nota que había entrado por su puerta. Caminó hasta el comedor y la tomó de nuevo, intentó revisarla a contraluz del bombillo amarillo de la sala, pero no encontró nada, solamente era un papel cortado cuidadosamente en sus bordes. Pensó que era extraño la falta de remitente, consideró entonces que podría ser una broma, tal vez Andrei

quería llamar su atención, aunque, él probablemente hubiera escrito su nombre, entonces volvía al mismo punto: era una nota entregada erróneamente. Se acercó a la cocina para prepararse el café de la noche, encontró un vaso aguamarina con leche sobrante en su interior dentro del lavaplatos, su último recuerdo del almuerzo fue haber lavado la loza en su totalidad, << ¿Qué hace esto aquí? >> se preguntó mientras lo levantaba. Empezó a sentir que alguien la observaba, que a sus espaldas respiraba alguien o algo y que probablemente no estaba sola. Entonces el miedo regresó, un miedo más grande que el que sintió al despertar esa mañana extraña donde había dejado completamente de ser ella.

Caminó lentamente por todo el apartamento, con mucho cuidado al ingresar a su habitación y al baño, no encontró nada extraño. Intentó decirse a sí misma que su mente estaba cansada de tanto pensar y que el agotamiento le estaba jugando una mala pasada. Regresó a la cocina y preparó su café, se lo tomó observando la nota que había dejado de nuevo sobre el comedor. Lavó el vaso de su café y el de la leche, repitiéndose a sí misma que no había nada que temer y que estaba completamente sola.

Se alistó para dormir y se acostó, cuando por fin logró olvidarse un poco del incidente extraño de la cocina, cerró sus ojos y segundos después, volvió a su mente la mermelada de fresa y el sujeto.